

# UN CABALLERITO ENCANTADOR

PEDRO entró saltando en la cocina donde su hermana estaba lavando la loza.

-¡Escúchame! ¿Sabes que soy "un caballero encantador"? Esto es lo que le ha dicho a mamá la Sra. Taylor. Yo la oí cuando pasaba cerca de la puerta de la sala.

-La Sra. Taylor está muy equivocada -contestó Hilda.

-Al contrario, nunca dijo una verdad mayor -replicó Pedro, componiéndose la corbata y pavoneándose delante de su hermana.

-No diría eso si te conociera como te conozco yo -repuso la niña.

-En verdad -contestó Pedro, con tono altanero-, es posible que tenga más discernimiento que tú.

-En tal caso, sabría, por ejemplo, que la sonrisa con la cual tú la saludas generalmente la reservas sólo para los extraños.

-¡Eso no es cierto!

- ¡Oh sí! ¿acaso no lo hemos observado todos? Para los de afuera, tienes sonrisas que van de una oreja a la otra, y para los de casa, no tienes sino muecas y quejas. ¡Un caballero encantador! En realidad, me gustaría darle algunos detalles, y pronto cambiaría de parecer.

-¡Serían cuentos tuyos! -exclamó Pedro, en cuyo rostro se reflejaba la ira.

-Aunque no te guste, es la verdad. A ver, dime, ¿quién es el que se queja todos los días en la mesa? ¿Quién rezonga cada vez que se le pide que haga un trabajito? ¿Quién comienza siempre las peleas con sus hermanos? ¡Nada menos que el "caballero encantador"!

-Eres mala -le gritó Pedro-. Me acusas siempre de todo lo que sucede entre nosotros.

-Sabes muy bien que en este momento digo la verdad. Un muchacho no llega a ser un "caballero encantador" simplemente siendo amable con los extraños. A mi parecer, debiera de principiar manifestando un poco de amabilidad en la casa. Debe estar tan dispuesto a prestar algún servicio a los miembros de su propia familia como a los extraños.

Pedro guardó silencio durante un momento, pero sus ojos chispeaban de enojo.

-¿Sabes que quisiera darte un puñetazo en la cara? -dijo finalmente a su hermana.

-No lo dudo, "caballero encantador" -replicó Hilda, mientras seguía su trabajo.

-Yo, yo . . . comenzó a decir Pedro.

-¿Por qué no ofreces secar la loza? Así te pondrías a la altura de tu reputación.

-¿Secarte la loza? Preferiría ponerte la cabeza dentro del agua jabonosa de la pileta.

Y Pedro se dispuso a cumplir con su amenaza. Durante la lucha que siguió ninguno de los dos notó un ruido de pasos, y no se dieron cuenta de que su mamá estaba mostrándole la casa a la Sra. Taylor.

-Y aquí -dijo la mamá-, está la cocina.

La Sra. Taylor entró.

-¿Qué pasa? -exclamó.

-¡Pedro! ¡Pedro! -dijo la mamá-, qué estás haciendo a Hilda? Déjala inmediatamente. ¿Cómo puedes avergonzarme de esta manera?

Pedro, que había hecho todo lo posible para hundir la cabeza de Hilda en la pileta, se enderezó y se dio vuelta alarmado.

Entonces vió a la Sra. Taylor. Una amplia sonrisa se dibujó en su rostro.

Pero sabía que ello no bastaría para convencer a la visita.

Creo -dijo-, que me voy a ver obligada a cambiar de opinión acerca del "caballero encantador."

El rostro de Pedro se alargó. La sonrisa radiante se desvaneció y brotaron lágrimas en sus ojos. Y luego, sin decir una palabra, huyó por la puerta de atrás.

En el cobertizo que había al fondo del jardín, se puso a reflexionar en lo que había sucedido. ¡Quizás Hilda tenía razón! Y cuando se hubo calmado su ira, decidió hacer un esfuerzo y reservar algunas de sus mejores sonrisas para los miembros de la familia.